

Una reflexión sobre dos fronteras: los casos de Livramento-Rivera y Tijuana-San Diego

*Olivia Ruiz**

Resumen

A primera vista las ciudades fronterizas de Sant'Ana do Livramento en Brasil y Rivera en Uruguay y las de Tijuana y San Diego no podrían ser más disímiles tanto en su conformación urbana como en su dinámica fronteriza. En contraste con la región divisoria de Tijuana-San Diego, marcada por las dificultades que enfrentan los tijuanaenses para cruzar "al otro lado" y las diferencias económicas, políticas y culturales, la frontera de Sant'Ana do Livramento y Rivera goza de un libre tránsito de personas, quienes, con la excepción de sus diferencias lingüísticas, comparten una cultura, una historia y un nivel de bienestar. Sin embargo, una exploración más a fondo revela que esta primera impresión cubre otra realidad, la de una vivencia fronteriza similar. Este ensayo analiza qué es lo que comparten estos dos pares de ciudades gemelas a pesar de sus disimilitudes; a la vez, examina si y de qué manera la línea divisoria internacional impone modos de vida comunes en las ciudades en fronteras y averigua hasta qué punto la distinción nacional, delimitada por la línea internacional, al separar también diferencia.

Abstract

At first sight the twin cities of Sant'Ana do Livramento and Rivera along the Brazil-Uruguay border and those of Tijuana and San Diego could not be more different. In contrast to the Tijuana-San Diego crossing, marked by seemingly divergent economics, politics and cultures, the Brazil-Uruguay border enjoys an easy transit of its co-nationals who, except for language differences, share a common culture, history, income level and lifestyle. A closer look, however, unveils another reality. This essay describes what these two pairs of twin cities share in spite of their obvious differences and examines the complex and sometimes contradictory role of diverse social forces, the nation-state, for example, in the creation and waning of those distinctions.

* Profesora-investigadora del Departamento de Estudios Culturales de El Colef. E-mail: oruiz@colef.mx

Hay de fronteras a fronteras, y a veces las diferencias son marcadas, como me di cuenta cuando visité la de Brasil y Uruguay. Llegué por primera vez al cruce fronterizo Sant'Ana do Livramento-Rivera, en la división entre Brasil y Uruguay, después de un viaje de seis horas por la pampa de Rio Grande do Sul. Al llegar a Livramento —la manera en que lo llaman los brasileños—, decidí salir inmediatamente hacia la línea internacional; desafortunadamente, debido a mi cansancio, había olvidado mi pasaporte en el hotel, y solamente me acordé del documento casi al llegar a la división internacional, que —según los administradores del hotel donde me estaba quedando— se situaba cerca de una avenida grande y un parque, como los que estaban enfrente de mí; así que decidí buscar la línea. Sin embargo, no veía ni aduana ni agentes de migración, ni cerca, en fin, nada que yo asociaba con una frontera internacional. Atenta a cualquier signo que marcara el comienzo de una frontera, entré al parque y a la mitad le pregunté a un comerciante ambulante, primero en portugués y luego en español al escuchar su acento, dónde estaba Uruguay. En una mezcla de los dos idiomas me contestó “vai para allá”. Seguí adelante hasta llegar a una calle central donde entré a una tienda y le pregunté a la dependienta dónde empezaba Uruguay. “Está usted en Uruguay”, me contestó.

No fui la primera en tomar nota de esta singular frontera. Un viajero argentino que visitó el cruce Livramento-Rivera a finales de los años cuarenta escribió:

...tampoco es sin razón sino acto deliberado el que los mojones señaleros de la divisoria sean de tan ínfimo tamaño que cualquiera puede confundirlos con una espita que separa los canteros de flores quedando en una sola línea la riverense calle Sarandí con la santanense Andrades, por lo que se circula libremente como si se tratara de una sola comuna y disimulándose en una y otra nación toda exterioridad administrativa, política y aduanera que puede destacar la separación de pueblos, y es interesante comprobar que sólo para quien los busca expresamente, esos mojones se le aparecen disimulados entre cacios de flores y pérgolas, donde han sido ubicados en forma hasta discreta (Rey, 1948, p. 164).

De hecho, en el cruce entre Livramento y Rivera no hay aduana.

El contraste con la frontera Tijuana-San Diego no podría ser mayor, con sus 37 puertas aduanales para vehículos, 20 puertas aduanales para peatones y flotilla de agentes de migración, camiones, helicópteros y caballos. Los dos cruces también se diferencian por la revisión obligatoria de documentos para entrar a Estados Unidos y la dificultad de muchos mexicanos para conseguirlos.

Las fronteras internacionales

¿Qué hace una frontera —esa línea que, por razones de historia aunadas a particularidades geográficas como ríos y sierras y luego puentes, carreteras y aduanas, separa un pedazo de suelo yuxtapuesto a otro? En su argumentación por una antropología de fronteras, Donnan y Wiison proponen que su estudio está íntimamente ligado al análisis del Estado-nación y, en especial, de la manera en que las divisiones territoriales son experimentadas y negociadas por esas entidades (1995, p. 11). Este tipo de frontera, surgida en Europa y restablecida en el continente americano, es la frontera lineal, según Foucher, trazada por “la existencia del Estado, la creación de la nación y la capacidad técnica de abrir y [cerrarla]” (Zúñiga, 1993, p. 140). Añadiría que las fronteras también son territorios multinacionales donde a nivel local se encuentran de manera frecuente, si no inevitable, diversos grupos sociales, personas y comunidades de ambas nacio-

nes. En estos espacios, donde lo multinacional se vuelve cotidiano, existe una permanente negociación de límites en las varias esferas de la vida —en lo familiar y lo reproductivo, por ejemplo— que, por una parte, crea un complejo tejido de interacciones, intercambios, mimesis y uniones y, por otra, oposiciones, separaciones y conflictos. De hecho, la mayoría de las líneas internacionales, como puntos de partida de los Estados-naciones (esto es, de sistemas socioculturales y económico-políticos distintos), fueron originalmente erguidas como barreras divisorias. Sin embargo, desde un principio llevaban su propia contradicción: al separar, distinguir y fomentar sistemas diferenciados, también crearon las bases para la conexión de los mismos (Alegría, 1989). En el momento de edificar la frontera entre México y Estados Unidos, por ejemplo, también se establecieron las bases para una mayor interacción entre los dos lados, como veremos en seguida.

La frontera que divide a México y a Estados Unidos separa geografías que serían continuas si no fuera por la mano humana. Las edificaciones de la economía política y de la cultura del Estado-nación han trazado distinciones que en el caso del norte de México son marcadas. Lugar de conflictos históricos y resultado de una cruenta guerra de imperialismo a mediados del siglo pasado, esta división internacional resalta en la literatura por las diferencias y el conflicto que se reproducen allí y por ser un lugar donde la identidad y la defensa de la misma muchas veces son luchas y retos cotidianos. Allí se juntan el primer y el tercer mundo y, por consecuencia, se empalman los extremos de riqueza y pobreza en el sistema capitalista actual.

Sin embargo, si las líneas internacionales separan, ¿deben siempre diferenciar también? Esas líneas divisorias que delimitan el comienzo de una entidad política-nacional y el final de otra, aun aquellas donde no se yuxtaponen el capitalismo desarrollado con el capitalismo subdesarrollado, ¿se caracterizan siempre por la distinción, por la diferenciación de “nosotros” y “los otros”? Y si lo hacen, ¿de qué manera ocurre?

Debido a la forma en que la frontera México-Estados Unidos, representada aquí por el caso de Tijuana-San Diego, contrasta con la de Brasil-Uruguay, y más específicamente con la de Livramento-Rivera, la comparación de las dos fronteras ofrece la oportunidad de empezar a explorar estas preguntas.

Aparentemente, las diferencias no podrían ser mayores. Livramento y Rivera yacen entre dos países latinoamericanos del Cono Sur que, aunque pertenecientes a dos tradiciones histórica y culturalmente distintas —la portuguesa y la española—, tienen la península ibérica como origen colonial. A la vez, aunque hay diferencias económicas entre los dos países, siendo sustancialmente más grande y vigorosa la economía brasileña, estas diferencias no se traducen en grandes brechas de niveles de vida entre las dos ciudades, como ocurre entre Tijuana y San Diego. En contraste, la frontera norte de México separa a un país subdesarrollado de uno desarrollado;

a uno colonizado por españoles de otro colonizado por ingleses; a uno predominantemente católico, hispano-indígena e hispanoparlante, de otro dominado por lo protestante, europeo y angloparlante.’

Las ciudades de Livramento-Rivera se encuentran a seis horas en autobús de Porto Alegre, la capital de Rio Grande do Sul,

Escribí este ensayo pensando que los lectores, con la excepción de los habitantes de Livramento y Rivera, están más familiarizados con la frontera norte de México. Debido a este supuesto, la discusión de la frontera Brasil-Uruguay es más detallada.

el estado más sureño de Brasil, y a seis horas en autobús de Montevideo, Uruguay. Aunque actualmente ambas ciudades fronterizas son conocidas en el interior de Brasil y Uruguay por las mercancías que allí se consiguen a un costo menor, este comercio es relativamente nuevo. Situadas en la pampa brasileña y uruguaya, en una región que también abarca una gran parte del norte de Argentina, Livramento y Rivera tienen raíces en la sociedad y la economía agrícolas y especialmente ganaderas que surgieron a finales del siglo XIX. La muestra de la fuerza con que se introdujo y se arraigó esa cultura rural en la región se ve en el presente en las manifestaciones de la cultura gaucha que permea el ethos de la región. De hecho, Livramento es conocido también por ser la ciudad donde José Hernández escribió una parte de *El gaucho Martín Fierro*, el poema épico sobre la vida en el campo argentino que introdujo la figura del gaucho en el mundo.

Son ciudades pequeñas: Livramento cuenta con un poco más de 70 mil habitantes y Rivera con casi 90 mil (Betancor *et al.*, 1989, p. 21). El tamaño relativamente semejante de las ciudades contrasta con la posición que ocupan y juegan en sus respectivos países, siendo Rivera más conocido en Uruguay que Livramento en Brasil, un hecho determinado en gran parte por la enorme diferencia en tamaño de los dos países. Por lo mismo, Rivera refleja más nítida y genuinamente a Uruguay que Livramento a Brasil. País de contrastes extremos, Brasil parece contener una multiplicidad de naciones, siendo Rio Grande do Sul —debido a su actividad económica, alto nivel de vida, cultura gaucha y presencia política, incluso a nivel nacional (Getulio Vargas, por ejemplo, era de Rio Grande do Sul)— una de las entidades político-administrativas y socioculturales más distintivas del país.

Las diferencias económicas de Livramento y Rivera, en gran parte, reflejan las que distinguen a Brasil del Uruguay. Son diferencias con respecto al tamaño, al carácter de la producción y a la articulación con la economía mundial de los dos países. En las palabras de Betancor *et al.*, la economía brasileña “se caracteriza por un excepcional dinamismo en la vasta y heterogénea periferia del mundo capitalista, demostrado por el mantenimiento de su tasa de crecimiento durante los tres últimos decenios en un 7 por ciento”, la cual contrasta con la economía uruguaya, que califican como estancada (Betancor *et al.*, 1989, pp. 7 y 12), un hecho que data desde la década de los sesenta (Pellegrino, 1992, p. 18).

Livramento-Rivera y Tijuana-San Diego: algunas comparaciones

El comercio y el servicio

Las desigualdades económicas nacionales tienen consecuencias a nivel local —en la conformación de los mercados laborales y de bienes, por ejemplo—, lo cual afecta directamente a la población en su vivencia diaria. En la cotidianidad los residentes fronterizos toman provecho de estas diferencias entre los dos países para desarrollar diversas estrategias de reproducción; consumen mercancías y servicios en un lado o en el otro dependiendo del costo, de la calidad y de la accesibilidad. Compran electrodomésticos, ropa de lana, perfumes, productos lácteos y carne en Rivera; las frutas, las verduras y la ropa de verano se compran en Brasil.

La selección y el uso de servicios sigue una lógica semejante. Los médicos uruguayos tienen buena fama; de hecho, el servicio médico en general en Uruguay es considerado muy bueno. Incluso, entre los brasileños se manifiesta una preferencia

por los servicios médicos uruguayos, aunque muchos de ellos, por pertenecer a un sistema de seguro social, acuden a médicos santanenses (como son llamados los residentes de Livramento).

Hay comparaciones obvias con la frontera norte de México. Como sus contrapartes en el Cono Sur, los residentes de Tijuana que cruzan la frontera hacen un balance permanente de los precios de los bienes de consumo y de los servicios de Tijuana y San Diego. Generalmente, los servicios (médicos y mecánicos, por ejemplo) se consumen del lado mexicano, pero los bienes manufacturados (aparatos electrónicos y electrodomésticos, por ejemplo) se compran en el lado estadounidense. A la vez, algunos tijuanaenses cruzan a San Diego para ir a los parques o ver alguna película o espectáculo, aprovechando así la mayor cantidad y diversidad de eventos que se presentan del lado norteamericano.

Los estadounidenses también hacen uso del lado mexicano. Algunos, mexicoamericanos y emigrados mexicanos, especialmente, van a Tijuana para hacer compras de comida y usar los servicios médicos y de dentistas por el menor costo y la preferencia por el trato de los médicos mexicanos. Otros, la mayoría angloamericanos, visitan Tijuana atraídos por los restaurantes, los bares, las tiendas de artesanías y los lugares de baile destinados al turismo, que se concentran en una de las calles principales de la ciudad, la Avenida Revolución.

La educación

En la búsqueda de una educación formal, los habitantes de la frontera Livramento-Rivera aprovechan las diferencias de los sistemas educativos de los dos países. Los brasileños valoran la educación en Uruguay, y no es inusual conocer a santanenses que hayan estudiado unos años del lado uruguayo. Algunos cruzan todos los días; otros, de más edad, van a Montevideo para estudiar en la universidad. La educación uruguaya es apreciada por su énfasis en las humanidades y las ciencias sociales, a diferencia de la brasileña, que, según algunos, padece la ausencia de la reflexión filosófica, social y política, como consecuencia, dicen, de la política escolástica durante el tiempo de la dictadura militar de 1964 hasta mediados de la década de los ochenta. A la vez, los riverenses también estudian en Livramento. Cruzan para aprender portugués, lo que les ayudará después si buscan trabajo en Brasil, el destino laboral de muchos uruguayos.

En la frontera norte de México la búsqueda de una educación, y especialmente de un trabajo mejor, ha movilizado a diversos segmentos de la población a cruzar la frontera. Hay familias del lado estadounidense, emigrados de México por lo general, que mandan a sus hijos a estudiar a Tijuana, razonando que allá la enseñanza es mejor y que la disciplina es real. Su contraparte en Tijuana son las familias que mandan a sus hijos a las escuelas de San Diego para que aprendan el inglés y a manejarse en la sociedad estadounidense, por si algún día quieren o necesitan conseguir trabajo allá. De hecho, como en el Cono Sur, el mercado laboral, en este caso el de Estados Unidos, es una gran atracción, como lo es el brasileño para los uruguayos, debido al mayor número y diversidad de trabajos y a los mejores salarios que ofrece.

“El otro lado” como refugio

En tiempos de represión política y dictaduras militares, Brasil y Uruguay han ofrecido refugio para disidentes, los que se encontraban con pocos recursos o aquellos que querían permanecer cerca de su país

de origen. Los habitantes de Livramento y Rivera, por residir en frontera, vivieron los años de represión de una manera distinta de lo que se vivió en el interior de los dos países; las presiones, limitaciones y opciones impuestas durante esos años tuvieron repercusiones singulares a nivel local. Como puerto internacional, las ciudades llegaron a ser un punto de entrada y salida de diversas comunidades e ideas, un “uso” de la frontera que no se restringe a este siglo. Anota un escritor uruguayo que “los movimientos armados de Rio Grande do Sul de 1923, 1924, 1925, 1926 y 1930 conmovieron la zona fronteriza. Familias brasileñas se radicaban en Rivera”; también menciona la “penetración en la búsqueda de quienes se refugiaban en Rivera” (Barrios Pintes, 1985, p. 157). Haciendo referencia a hechos más recientes, una mujer que entrevisté en Livramento habló de la llegada de maestros uruguayos que, expulsados de su país, iban al exilio al otro lado de la línea con el fin de huir de la persecución sin permanecer lejos de su tierra natal.

De manera semejante, las diferencias de cultura nacional y de actitud ante distintas ideas y modos de pensar han propiciado lazos e intercambios a veces inesperados. Lo que se podría considerar como una actitud más liberal o abierta de la sociedad brasileña, por ejemplo, ha permitido en ocasiones la expresión para un público uruguayo de temas prohibidos en Uruguay. Éste fue el caso de la presentación de una obra de teatro cuyo tema, el aborto, fue censurado en las escuelas de Rivera. El autor decidió intentar presentar la misma obra del lado brasileño y, para su grata sorpresa, no hubo obstáculo. Así que los estudiantes riverenses, a unos minutos de la escuela santanense donde se iba a presentar la obra, tuvieron la posibilidad de verla.

Bien sabemos que la frontera norte de México también ha significado un puerto para eludir a las autoridades. La diferencia radica en que, con la excepción del periodo de la Revolución Mexicana, este uso de la frontera ha sido monopolizado por personas que han cometido alguna transgresión. En la cultura popular estadounidense, en sus canciones y leyendas, México ha representado un lugar —el *lugar*— hacia donde se puede huir de las autoridades después de cometer algún delito. Las baladas de los vaqueros del viejo oeste en el siglo pasado y los cuentos de pleitos, venganzas y asesinatos están llenas de esas huidas a México. Estados Unidos, por su parte, también ha recibido a mexicanos que buscan escaparse de las autoridades de su país. Durante los años de la Revolución muchos cruzaron la frontera para evadir la violencia, aunque algunos, como los hermanos Flores Magón, organizaron y llevaron a cabo parte de su lucha desde Estados Unidos.

El hablar

Ambas fronteras yuxtaponen comunidades lingüísticas distintas que han dado lugar al bilingüismo y al desarrollo de un habla local —“portuñol” en el caso de Livramento-Rivera y la práctica del *code-switching* en la frontera Tijuana-San Diego.

Aunque se hablan idiomas diferentes en Brasil y Uruguay, estas diferencias no edifican las barreras que emergen en la frontera norte de México. En parte, esto se explica por la similitud, debido al origen común, del portugués y el español. Por otra parte, refleja una apertura de parte de los riverenses y los santanenses a los idiomas del “otro”. A finales de los años cuarenta, un viajero del interior de Uruguay notó esta receptividad cuando describió el español de Rivera como “reteado del hilo de seda de vocablos de portugués” y el portugués en Livramento “adornado del

acento preciso de la lengua castellana” (Rey, 1948, p. 163). El portugués de Livramento tiene una marcada influencia del acento o de la pronunciación del español;

esto es así no obstante que los santanenses por lo general no hablan español. El español de los riverenses, en cambio, muestra poca influencia del portugués, aunque, en las palabras de un residente de Montevideo, el riverense es “maestro en el manejo del portugués o de la giria” (Arregui, 1983, p. 169). La mayoría de los riverenses entiende y habla portugués, aunque el grado de fluidez en el idioma varía. Como ocurre en la frontera México-Estados Unidos, muchos comerciantes o vendedores aprenden el idioma extranjero —portugués en el caso de los uruguayos, inglés en el caso de los mexicanos— para poder vender sus productos a sus vecinos más numerosos. De hecho, llega a desarrollarse una división de trabajo entre el español y el portugués, un desenlace que otros ya notaron en sus andanzas por la frontera. Un visitante de Montevideo observó que los “taxímetros y cambistas callejeros conversan en la esquina de Sarandí y Paipandú en español, pero se recurre al portugués para manifestar cualquier expresión humorística” (Arregui, 1983, p. 169).

A la vez existe una mezcla de “giria portuguesa y habla española” (Arregui, 1983, p. 171), lo que tradicionalmente se ha llamado “portuñol”. Sin embargo, más que una singularidad folklórica regional, o un caso de bilingüismo transitorio, el “portuñol” ya se ha establecido como un habla permanente tanto entre uruguayos como entre brasileños de la frontera. Si el portugués y el español son los idiomas oficiales de los dos países, el “portuñol”, sin reconocimiento oficial, crece y se desarrolla en los ámbitos privados y personales, especialmente de las clases populares. Es el lenguaje que, según los maestros, se escucha durante el recreo y fuera de las clases, no importa de qué lado esté la escuela. Una periodista uruguaya, originaria de Montevideo pero radicada en Rivera, contó el caso de un carpintero uruguayo que, al ponerse nervioso a la hora de negociar el salario, abandonó el español por el “portuñol” para poder negociar mejor o con más seguridad. De hecho, entre los que estudian el habla y su uso en la frontera, el “portuñol” se describe como “el idioma de los afectos”.

La yuxtaposición de dos comunidades lingüísticas también marca la vida de la frontera norte de México. Sin embargo, allí la brecha entre los dos idiomas es grande, porque el inglés y el español tienen distintas raíces y son mutuamente inentendibles. Sin embargo, existen personas y comunidades dentro de esta región que sí hablan los dos idiomas y que, a veces, los mezclan en un encuentro creativo aunque muchas veces marginado por las comunidades lingüísticas dominantes. Como en la frontera de Livramento y Rivera, los comerciantes de la frontera norte, especialmente los del lado mexicano, son los que se esfuerzan por aprender el inglés, o al menos lo mínimamente necesario para poder negociar con sus contrapartes estadounidenses y vender sus bienes a los turistas.

Los bilingües viven en ambos lados de la frontera; son, por ejemplo, los mexicanos que han estudiado en Estados Unidos, algunos comerciantes y aquellos que por razones de trabajo necesitan comunicarse con sus colegas estadounidenses. Del lado norteamericano, con la excepción de una parte de la población de origen latino, la mayoría no habla español. Es en la población de origen mexicano donde se da un fenómeno parecido al “portuñol”: la práctica del *code-switching*, el entrecruzado de vocablos del inglés y del español. También, como el “portuñol”, se usa principal-

mente en los espacios privados y personales y sufre de un estatus marginal dentro de las academias lingüísticas de los dos países.

Las culturas transfronterizas

El hecho de que se haya desarrollado un habla regional basada en una mezcla o síntesis del español y del portugués refleja también una similitud mayor o más profunda que enlaza a las dos sociedades de la frontera del Cono Sur, es decir, el origen común de los primeros colonizadores uruguayos y brasileños en la península ibérica. Colonia, la más antigua ciudad de Uruguay, que está a unos minutos por carro de Montevideo, fue fundada en 1680 por portugueses que se imaginaban un Brasil que se extendía hasta la desembocadura del Río de la Plata. La partición en 1750 de esa región, que puso los cimientos para la fundación del Uruguay, marcó una distinción política que ha tenido repercusiones hasta hoy pero que no rompió los lazos ya establecidos entre las diversas comunidades de la zona. En el siglo XIX, por ejemplo, se establecieron importantes grupos de brasileños al norte del país (Pellegrino, 1992, p. 18). De la continuidad de estos lazos surgió y se reprodujo a través del tiempo la cultura cotidiana de ambos lados de la frontera, que se manifiesta actualmente en las costumbres, los ritos y los sentidos comunes, especialmente en torno a la cultura gaucha.

Livramento y Rivera pertenecen a una cultura regional particular que es reconocida tanto en Brasil como en Uruguay como gaucha —o gaucha, tal como es pronunciada en portugués—. La cultura gaucha y los gauchos, como son llamados los habitantes de Rio Grande do Sul, emergieron como una adaptación a un área que abarcaba el norte de Argentina, el sur de Brasil y Uruguay hasta mediados del siglo XIX. De hecho, en el presente hay santanenses que sienten una afinidad cultural mayor con los uruguayos de esa región que con sus connacionales en el norte del país. Hoy, la cultura gaucha es vivida y conservada especialmente del lado brasileño;

hay organizaciones, Centros de Tradição Gaucha, conocidas localmente como CTG, localizadas en *galpões*, o galpones, donde se reúne la gente para vivir y festejar sus tradiciones con la idea, además, de transmitir las a las siguientes generaciones.

¿En qué consiste la cultura gaucha? Un traductor del poema *El gaucho Martín Fierro* describe al gaucho como el “descendiente del recio soldado aventurero de Castilla y León... [bajo] la influencia de su nuevo ambiente, y con cierta mezcla con las tribus autóctonas”. Aunque quizás exagere cuando asevera que “en ninguna época haya existido una raza para la cual el valor físico, el arrojo, la indiferencia ante el sufrimiento, y la resistencia se tuviera en tal alto concepto”, lo que sí es cierto es que la figura y el *ethos* del gaucho, no obstante que sean idealizados, marcaron y siguen marcando la identidad de los habitantes de Livramento y Rivera, enraizándola en un pasado rural, ganadero, agrícola, que a través de los años ha ido adquiriendo una mística regional y nacional (Hernández, 1964, pp.23 y 24).

En Rio Grande do Sul, y especialmente en el interior y en la frontera, donde se encuentra Livramento, florecen los signos más evidentes de la cultura gaucha. Allí el viajero notará el consumo comunal y continuo del *chímarrao* (llamado “mate” en Uruguay), consistiendo de la *erva mate*, la *cuia* (el envase en que se prepara) y la *bomba* (una especie de popote de metal). Asistirá al churrasco, el asado de carne de res para el consumo en reuniones de parientes y amigos, y escuchará música gaucha, que prolifera en la localidad. Con *gai-*

ta (acordeón), guitarras y voces se cuentan las hazañas de los antepasados, sus éxitos, fracasos, aspiraciones y sueños, especialmente en tiempos de guerra. En las calles el viajero verá hombres vestidos de bota hasta la rodilla, pantalón bombacho amarrado por una faja y el pañuelo blanco o rojo al cuello. De hecho, muchos hombres, especialmente de Livramento, aunque no usen su traje a diario, lo tendrán en casa para fiestas regionales. Finalmente, ocurren de manera regular las actividades de los ctg, que organizan bailes, rodeos y comidas, muchas veces con sus correregionales uruguayos, o simplemente ofrecen un lugar para ir a descansar y platicar con amigos.

El peso de la cultura gaucha también radica en su carácter afectivo y simbólico, como modelo a seguir y patrón de conducta. Lo gaucho incorpora valores y aspiraciones que son socialmente reconocidos, aceptados y valorados, quizás no por todos, pero sí por una gran parte de la población. Lo gaucho edifica un estándar o un tipo ideal al que hay que aspirar, en particular para los hombres. Los residentes de Rio Grande do Sul, y especialmente de Livramento, pueden o no aceptar este tipo ideal, pero se dibujará claramente en sus mentes. Para los riograndenses en particular, la cultura gaucha del interior y de la frontera es considerada la más auténtica;

son los lugares donde se reproduce el gaucho verdadero, más ligado al campo, menos corrompido por la modernidad urbana; en él, los otros, los riograndenses de la ciudad, depositan la integridad de la cultura idealizada.

Si la cultura gaucha es el *ethos* más visible que abarca y junta a las sociedades de los dos lados de la línea, no es el único en la región. También se encuentran las comunidades afrobrasileñas y afrouruguayas. Aunque la población negra en Rio Grande do Sul es pequeña en comparación con la de otros estados o del país —sólo constituye un 15 por ciento de la población estatal—, tiene una presencia cultural fuerte y participa en algunas de las disputas sociales más intensas de la región, como en la lucha por los derechos civiles. Participa en el movimiento contra el racismo y por la plena integración de la población negra en la sociedad brasileña. En Uruguay la población negra es menor, y es aún más pequeña en Rivera. Sin embargo, tiene su organización (Mundo Afro), y participa con sus colegas brasileños en la publicación de una revista y en la organización de conferencias y seminarios en torno a la cultura de origen africano;

también hace reuniones musicales dedicadas a la samba brasileña y al candombe uruguayo.

Las comunidades comparten otros lazos en la práctica cotidiana. Una gran parte de la diversión se centra del lado uruguayo, específicamente en una calle, la Sarandí, la avenida principal de Rivera que, según los testimonios de antiguos residentes de ambas ciudades y las descripciones de viajeros, ha sido el centro de la vida social de las dos ciudades desde que se tiene memoria. La avenida, que desciende de la división internacional y termina cerca de la estación del tren, reúne restaurantes, tiendas, edificios de departamentos, boutiques, algunos hoteles y centros sociales. Aunque de día el comercio domina, en la tarde la avenida cae en manos de los dueños de restaurantes, quienes, al colocar sillas y mesas en las banquetas, convierten a la Sarandí en el espacio predilecto de reuniones para uruguayos y brasileños.

Febrero, el mes de carnaval, pertenece a los brasileños. Sin embargo, en esta frontera el evento se transforma en la diversión de todos, tanto brasileños como uruguayos, y su festejo, aunque empieza del lado brasileño, atraviesa el parque y ronda por la avenida Sarandí. Además, desde antes

de la semana de fiesta, durante los meses de preparativos, los residentes de Rivera contribuyen económicamente a subsidiar a los “blocos”, los grupos que integran la celebración.

Las guerras de mediados del siglo pasado que impusieron la línea fronteriza entre México y Estados Unidos partieron en dos a una región. En el territorio anexado por Estados Unidos existían comunidades, pueblos y ciudades que habían forjado un estilo de vida enraizado en la cultura y sociedad mexicana. Aunque la llegada de los angloamericanos, que comenzó a finales del siglo XIX, transformó a esta región, nunca anuló por completo la presencia de la población mexicana, que a través de los años se ha nutrido de las migraciones constantes desde México y de los lazos culturales, comerciales y familiares que alimentaban los habitantes de origen mexicano de ambos lados de la frontera.

De esta manera, aunque en la frontera norte de México no existe un *ethos* ni una tradición cultural que abarque y una a las poblaciones de ambos lados, sí existen grupos sociales y, más específicamente, algunos grupos étnicos que entrelazan a las poblaciones de las dos zonas urbanas. Como sus antepasados, la población de origen mexicano de hoy que vive en los dos lados continúa creando lazos transfronterizos; lazos basados, por ejemplo, en relaciones familiares, en el trabajo, en viajes de compras y en la recreación. De hecho, son los residentes en Estados Unidos de origen mexicano los que más visitan Tijuana y, por consecuencia, los que han ido forjando y consolidando una red social y prácticas culturales que traspasan la línea divisoria. A la vez, en Tijuana y San Diego hay comunidades mixtecas en ambos lados que cuentan con una organización —el Frente Indígena Oaxaqueño Binacional— para la defensa de sus derechos civiles y la preservación de sus tradiciones culturales.

Las familias transfronterizas

Es, sin embargo, en el campo de las relaciones humanas, en los nexos de amistad y de parentesco, donde el entrelazamiento de las comunidades se siente quizás más profundamente en la frontera de Livramento-Rivera. Esto lo notó un viajero argentino a principios de siglo al escribir que “el intercambio comercial y las frecuentes fiestas han unido a tal punto las familias uruguayas y brasileñas... que no existe más que una sociedad” (Mendiondo, 1919). O como me indicaron tres mujeres de Livramento: es difícil encontrar una familia que no tenga miembros en el otro lado de la frontera, sea brasileña o uruguaya. En efecto, es común conocer a parejas “mixtas”. Me fue explicado varias veces que estas relaciones tienen historia; los matrimonios entre brasileños y uruguayos han sido parte de la experiencia fronteriza desde el inicio de la división política.

Las familias transfronterizas son comunes en la frontera norte de México. De hecho, una gran parte de las familias del lado mexicano tienen parientes que viven de manera permanente en Estados Unidos o que nacieron allá. La familia transfronteriza también emerge como una estrategia de sobrevivencia; en el caso de la muerte del jefe de familia, por ejemplo, es común mandar a un hijo, o a varios hijos, a Estados Unidos a buscar trabajo, debido a la necesidad de remplazar el ingreso del jefe y a la mayor posibilidad de hacerlo con salarios más altos. Finalmente, hay matrimonios entre residentes de Tijuana y San Diego. En la mayoría de estos casos los lazos se dan entre personas de origen mexicano, lo cual ha llevado a la consolidación de redes transfronterizas.

Los efectos de la desigualdad: brechas y lazos

Si las desigualdades de las economías de Livramento-Rivera y Tijuana-San Diego crean brechas, también fortifican lazos. En el caso de Livramento-Rivera esto se debe en gran parte a las políticas económicas de los dos países y a lo que varios estudiosos de la problemática regional describen como la “importantísima relación económica-comercial enraizada en la historia, desde la fundación de las ciudades de Rivera y Livramento”, una relación que “atravesó por varios ciclos de influencia de una economía sobre la otra, hasta que en la década del 60-70 con el auge del llamado ‘Milagro brasileño’ se iniciaría un ciclo unidireccional, favorable al comercio brasileño” (Betancor *et al.*, 1989, p. 7). En esta conexión el dinamismo y la heterogeneidad de la economía brasileña se yuxtaponen a la aletargada economía uruguaya, lo que ha creado una cierta relación de dependencia; el crecimiento del sector industrial en Uruguay, por ejemplo, a mediados de los años ochenta fue estimulado por la demanda brasileña (Betancor *et al.*, 1989, p. 12).

Es, sin embargo, en la biografía de los residentes de ambas ciudades donde se hace material y evidente el efecto de la distinción económica. Es, en otras palabras, en las vidas cotidianas de las personas donde lo económico diferencia y aparta a los santanenses de los riverenses. Las diferencias económicas delimitan distintas opciones para los residentes de cada comunidad. Esto es especialmente claro en torno a su inserción como trabajadores dentro de las economías de cada país. En el caso de los riograndenses, la posibilidad de encontrar trabajo y concebir un futuro laboral en la ciudad natal, en el estado, o mínimamente en el país de origen, contrasta fuertemente con la experiencia de los riverenses.

Desde chico, un joven riverense enfrenta una economía poco absorbente que muy probablemente lo presionará a colocarse en otros mercados laborales fuera de Rivera y del Uruguay. Estudiará en Brasil, o simplemente aprenderá portugués, con el propósito de ir a buscar trabajo al país vecino. Tendrá sus perspectivas laborales ancladas tanto en lo que es suyo por su ciudadanía —lo riverense y lo uruguayo— como en lo otro, lo brasileño —donde fácilmente podrá terminar—. Ante la dificultad o la imposibilidad de encontrar trabajo en Rivera o Uruguay, muchos jóvenes uruguayos seguirán los pasos de sus compatriotas y emigrarán; de hecho, las localidades que hacen frontera con Brasil “tienen una concentración muy elevada de hogares con hijos en el exterior” (Pellegrino, 1992, p. 19). En cambio, si el santanense no consigue trabajo en Livramento, pensará en ir a otra ciudad de Rio Grande do Sul, quizás a la capital Porto Alegre, y si no, continuará su búsqueda más al norte en una de las ciudades más grandes, como Sao Paulo, Río de Janeiro y Brasilia, en fin, el país es grande. La migración fuera de Brasil, aunque concebible, es una última, y probablemente lejana, opción.

La comparación con la frontera Tijuana-San Diego es clara. Estados Unidos es un lugar de destino para muchos mexicanos que van en busca de trabajo y mejores salarios, y en su ruta hacia el norte, Tijuana es un lugar clave. Sin embargo, la ciudad no solamente recibe a migrantes y funciona como lugar de paso para muchos, sino que una parte sustancial de los residentes de la ciudad ven “el otro lado” como lugar de trabajo. Hay quienes mi-gran a Estados Unidos por un tiempo indefinido; otros, los *commuters*, mantienen su hogar en el lado mexicano y laboran en San Diego. Aunque en menor cantidad, algo semejante ocurre del lado estadounidense entre los residentes de

Diego que trabajan en Tijuana y regresan todas las tardes a San Diego; los gerentes de las maquiladoras, por ejemplo. De hecho, especialmente del lado mexicano, se puede decir que las decisiones de buscar o no trabajo en San Diego están ligadas al proceso de vivir y sobrevivir en la región, lo que en otros términos se entiende como “reproducción social”.

El “otro”

El reconocimiento de las diferencias entre brasileño y uruguayo salpica cualquier conversación local sobre la región y surge espontáneamente en las imágenes que estos dos corregionales tienen del otro. En el lado uruguayo se habla, como halago y crítica, de la falta de control del brasileño. Se hace referencia a la violencia, cuando es poca en Livramento, aun para los estándares uruguayos, pero también se reconoce que esa misma falta de control estimula la sociabilidad y la facilidad para sonreírse y entrar en contacto con otros.

Para el brasileño, en cambio, el uruguayo es formal, cuando el brasileño es informal; rígido, cuando el brasileño es suelto; reservado, cuando el brasileño es abierto; burgués, cuando el brasileño es democrático; conservador, cuando el brasileño es liberal. El uruguayo —se escucha decir en Livramento— en su manera de vestir sigue la moda europea (usa ropa de lana, por ejemplo) que predomina en Montevideo y más al sur en Buenos Aires. El santanense, en contraste, fuera de la época de invierno, vive influenciado por el estilo de ropa adaptado al calor que predomina en el resto del país.

A la vez, en esta frontera hay una elaboración consciente de la raíz de la identidad nacional. “Son los símbolos nacionales, las canciones, la historia, lo que te enseñan en la escuela de niña, lo que te hace ser una cosa o la otra”, me dijo una uruguaya, hija de padres brasileños pero que vivía y trabajaba en Rivera y se sentía uruguaya. Encontré semejantes creencias en Livramento entre personas de padres uruguayos. En conversaciones y entrevistas se hacía referencia a la historia, inculcada desde una temprana edad, como uno de los ingredientes más importantes en el desarrollo de y la preferencia por una u otra identidad nacional.

En la frontera Tijuana-San Diego se construye y modifica de manera permanente la imagen del otro. Por la diversidad de personas y grupos sociales que la dibujan, la idea de lo mexicano, lo tijuanaense, más específicamente, es complejo; puede variar, por ejemplo, según si proviene de un angloamericano, un chicano o un migrante de México. Aunque la visión angloamericana predomine por gozar del respaldo de una parte importante de los medios de comunicación y del Estado, existen voces que la retan y critican y que promueven puntos de vista alternativos y muchas veces opuestos. La idea de la supuesta inferioridad del mexicano, que se propaga todavía en muchos medios estadounidenses, enfrenta la defensa de lo mexicano en el discurso de grupos subalternos, alternativos, marginados y contestatarios, que tienen sus propios medios de difusión o, incluso, a veces, se han apropiado de algunos de los aparatos de los medios masivos.

Entre los tijuanaenses resaltan dos tipos de impresiones, las de censura y de admiración. La censura es de varios tipos: desde la crítica a la dominación política y económica —que abarca la invasión territorial y la discriminación racial— hasta la opinión de que hay algo mal en la familia norteamericana, en la constitución moral de su cultura y su sociedad. A la vez, se habla del alto nivel de bienestar y de la comodi-

dad de la vida estadounidense, donde “cualquier casa está bien puesta”, y se comenta favorablemente sobre el espíritu de trabajo, la puntualidad y la salubridad (Ruiz, 1995, p. 352). En el discurso sobre lo “gringo” resalta la importancia del contexto, lo cual hace posible loarlo en el ámbito del trabajo pero denigrarlo en el familiar.

El estatus de la nacionalidad

La fluidez en la preferencia por identificarse con lo brasileño o lo uruguayo entre los santanenses y los riverenses, incluso de una generación a otra dentro de la misma familia, refleja el peso parecido que lleva cada nación e identidad nacional en la vida de los residentes de ambos lados de la frontera. Esta “igualdad” de estatus surge de un cierto acuerdo de valores, o concierto en torno a lo que le da valor a un pueblo o una comunidad. Esta base común de valores se refleja, por ejemplo, en que la figura gaucha, sea romantizada o idealizada como un conjunto de ideas, acciones y metas, que funda cualidades —sociales, culturales y personales— que son equivalentes en ambos lados de la línea. El hecho de migrar a Brasil para educarse y quizá buscar trabajo no necesariamente colocará al uruguayo en un rango inferior en relación al brasileño. “Tenemos el quinceavo nivel cultural del mundo”, me dijo un joven riverense que trabajaba en Rivera y había estudiado en Brasil. Dos brasileñas me contaron que de niñas lo uruguayo era puesto como ejemplo de “lo educado y lo culto”; el número de santanenses que busca y ha conseguido una educación en Rivera sólo confirma esta visión. De hecho, la población uruguaya tiene uno de los niveles de vida más altos en América Latina (PNUD, *Desarrollo humano, informe 1990*). Al final, a pesar de las diferencias en el tamaño de las economías e incluso de la dependencia de la economía uruguaya en la brasileña (distinciones que marcan tan fuertemente la relación entre México y Estados Unidos), en esta frontera del Cono Sur es poca la diferencia de estatus entre una nacionalidad y la otra en el discurso popular.

Nos sirve de contraste la frontera Tijuana-San Diego, permeada por su *ethos* comercial de capitalismo exaltado, donde el mercado de Estados Unidos ha ejercido una influencia marcada en el desarrollo de los valores humanos. En la evaluación cotidiana de los hechos —en el señalamiento de los juicios y los deseos—, lo cuantitativo, lo financiero y lo monetario, aspectos natos al esquema del mercado estadounidense, ejercen una presión constante. Lo tijuanaense, lo mexicano, predomina en ámbitos fuera del mercado, pero en el mundo mercantil es relegado a un rango inferior.

Conclusiones

En la primera parte del ensayo propuse explorar las similitudes y las diferencias entre las fronteras de Livramento-Rivera y Tijuana-San Diego. Luego adelanté una interrogante: pregunté si las líneas divisorias, además de marcar el comienzo de una nación y el final de otra, también siempre diferencian, es decir, si se caracterizan por distinguir entre “nosotros” y los “otros”.

En cuanto a la primera interrogante, hay diferencias obvias entre las dos zonas fronterizas. La división Tijuana-San Diego contrasta con la del Cono Sur por la dificultad en el cruce y por los contrastes que junta; allí se yuxtaponen un país capitalista desarrollado y uno subdesarrollado, un mundo católico e hispano-parlante y uno dominado por lo protestante y angloparlante.

A la vez, aunque la comparación hace

que Tijuana-San Diego contraste fuertemente con la frontera del Cono Sur, también resaltan varias similitudes. Ambas fronteras se forjaron como consecuencia de expansiones coloniales y guerras territoriales. Por otro lado, juntan naciones que son disímiles en tamaño y fuerza económica, lo que ha creado una relación de dependencia de la más pequeña respecto a la más grande. Estas diferencias de tamaño y vigor económico, por su parte, conducen a los residentes a desarrollar estrategias de reproducción social que involucran recursos de ambos lados de la línea. Las diferencias estructurales entre, por una parte, Livramento-Rivera y, por otra, Tijuana-San Diego —que abarcan desde los precios de las mercancías hasta cuestiones de valores y normas— son tomadas en cuenta por los residentes locales en la toma de decisiones cotidianas en tomo, por ejemplo, a la manutención, el trabajo, la familia, la educación y la diversión. En otras palabras, los residentes de las ciudades fronterizas usan los recursos de las ciudades para reproducir los distintos ámbitos—el familiar, el laboral, el sentimental— de la vida cotidiana. Hay, como explica un observador de fronteras, “una comparación entre los niveles de utilidad del actual lugar de residencia, con los demás sitios conocidos alternativos” (Palau Viladesau, 1992, p. 87). Es aquí, en la práctica de “usar” los dos lados a lo largo del curso de vida —esto es, en el desarrollo de estrategias transfronterizas de reproducción social—, donde percibimos uno de los puntos más importantes de convergencia de las dos fronteras. En ambos lados, una parte de la población se reproduce de manera transfronteriza.

Si los residentes de una ciudad incorporan los recursos de la otra a los varios ámbitos de su vida cotidiana (lo que ocurre cuando los residentes de Tijuana compran electrodomésticos en San Diego o cuando los santanenses estudian en Rivera), la integración de esos recursos (los electrodomésticos y la educación) no ocurre de la misma manera en cada ámbito. No llevan el mismo peso y, por consecuencia, se desarrollan distintos *grados* de dependencia en o necesidad de los distintos recursos en cada esfera. Brasil y Estados Unidos son más importantes para los uruguayos y mexicanos como fuentes de trabajo que como lugares para conseguir un futuro esposo o esposa. Aunque una educación en Brasil y Estados Unidos ayuda a algunos en la búsqueda de un trabajo mejor pagado, la mayoría de los uruguayos y mexicanos estudian en su propio país.

El uso de los recursos también varía en el tiempo; responde a las coyunturas que experimentan tanto los individuos como sus grupos primarios. Un trabajo en Brasil o Estados Unidos puede ser más atractivo para una persona en el momento de una exigencia económica mayor (por el fallecimiento del jefe de hogar o el nacimiento de un hijo, por ejemplo) (Ruiz, 1996, p. 59). A la vez, es necesario situar a los residentes en su clima cultural, social, económico y político. El uso de “el otro lado” y la frecuencia de los cruces varía según si el momento se caracteriza, por ejemplo, por la inflación, la devaluación de la moneda, la inestabilidad política o el auge del racismo. En este sentido, cuando se hacen comparaciones de fronteras es crítico especificar los ámbitos y el tiempo.

Lo anterior revela el importante papel que juega el Estado-nación en la creación de lo que podríamos llamar las socioeconomías de frontera y en la interacción de ellas a través de la línea internacional. Esto significa que, en su función de estructurar la economía política del país del que forman parte las regiones fronterizas, y de ejercer su poder de cerrar y abrir la frontera (por razones militares, fiscales y aduaneras, por ejemplo), el Estado impone opciones y limitaciones que moldean la vivencia cotidiana de ambos lados de las fronteras. Los lazos comerciales y laborales,

por ejemplo, son, en gran medida, producto de la injerencia del Estado-nación, un reflejo de la economía política de Brasil y Uruguay en el caso de la frontera del Cono Sur, y de México y Estados Unidos, en Tijuana-San Diego. Debido al poder que tienen estos Estados-naciones para determinar las oportunidades educativas y de trabajo que poseen sus ciudadanos, ejercen una presión fuerte y constante. Su participación contrasta con el comportamiento de los residentes mismos y, a la vez, interactúa con ese comportamiento, influyendo en las decisiones que cada persona o familia toma en el desarrollo de sus estrategias de reproducción social y contribuyendo a la formación de estilos de vida que son particulares de cada región fronteriza, de Livramento-Rivera y Tijuana-San Diego en este caso. En otras palabras, en el uso o la falta de uso que hacen los ciudadanos de la yuxtaposición de las distintas estructuras socioeconómicas, de los recursos (materiales, simbólicos, afectivos) de “los dos lados”, podemos identificar una de las fuentes, o explicar la ausencia, de la construcción de lazos transfronterizos.

De esta forma, son los residentes, los ciudadanos mismos, quienes por medio de las estrategias de reproducción social que construyen van uniendo y separando los países, creando y disolviendo lazos a través de la línea internacional. Esta construcción de las estrategias de reproducción social —una construcción que varía según las necesidades, las opciones, los gustos y los valores de los residentes de la frontera— hace recordar lo que llama Homi Bhabha “the performative narrative” de un pueblo, esto es, la creación contemporánea y constante de la vivencia, la identidad y la nacionalidad que surge desde abajo en los intersticios de las naciones-países y que contrasta con el sentido de “pueblo” como un ente homogéneo y *a priori* construido pedagógicamente por el Estado-nación (1994, pp. 147 y 148).

La identificación de los *ámbitos* de unión y separación, al nivel del *performative narrative*, nos empuja a repensar la cuestión de las semejanzas y las diferencias entre una y otra frontera y a rechazar la comparación y el contraste monolíticos. Estas dos fronteras al mismo tiempo son y no son semejantes y diferentes. Ambas ciudades pares, por ejemplo, gozan de un tráfico comercial intenso aunque el grado es mayor en la frontera norte de México. En la esfera laboral también se crean lazos que son parecidos en las cuatro ciudades aunque, otra vez, en la frontera norte de México la dinámica es mayor. De hecho, en estos ámbitos comercial y laboral existe mucha similitud; la diferencia surge del *grado* de intensidad, que varía según el nivel de desigualdad entre las ciudades pares y sus respectivos países. La mayor desigualdad entre Tijuana-San Diego, versus Livramento-Rivera, intensifica el tráfico y los lazos estructurales entre mercados y compradores.

En la esfera cultural, sin embargo, emergen grandes diferencias entre las dos fronteras. La cultura gaucha que es compartida por una gran parte de la población de la frontera Livramento-Rivera crea fluidez en la interacción interpersonal entre las comunidades de ambos lados de la línea. La inexistencia de un *ethos* equivalente en la frontera norte de México, de un sentido compartido de comunidad generalizado, dificulta o hace imposible la interacción a ese grado.

Bibliografía

Alegría, Tito, “La ciudad y los procesos transfronterizos entre México y los Estados Unidos”, en *Frontera Norte*, vol. 1, núm. 2, Tijuana, El Colegio de la Frontera Norte, julio-diciembre de 1989.

Arregui, Miguel, "Búsqueda. Rivera, o el síndrome fronterizo", en *Semanal Montevideoano*, Montevideo, 1983.

Barrios Pintes, Aníbal, *Rivera, una historia diferente*, Montevideo, 1985.

Betancor, Gladys, Julio Cairello, Raquel Reyes, Rosario Bottino y Nilva Pintos, *Rivera-Lívramento, de la integración de hecho a la integración real*, Grupo de Investigación Rivera, 1989.

Bhabha, Homi K., *The Location of Culture*, Londres y Nueva York, Routledge, 1994.

Donnan, Hastings y Thomas M. Wilson, *Border Approaches, anthropological perspectives on frontiers*, Estados Unidos, University Press of America, 1995.

Hernández, José, *El gaucho Martín Fierro*, Buenos Aires, Editorial Pampa, 1964.

Mendiondo, Rogelio, "Impresiones del Camino", en *Viaje a Rivera*, San José, 1919.

Palau Viladesau, Tomás, "Migración transfronteriza en Paraguay", en Adela Pellegrino (comp.), *Migración e integración, nuevas formas de movilidad de la población*, Montevideo, Ediciones Trilce, 1992.

Pellegrino, Adela, "Presentación del Taller", en Adela Pellegrino (comp.), *Migración e integración, nuevas formas de movilidad de la población*, Montevideo, Ediciones Trilce, 1992.

PNUD, *Desarrollo humano, informe 1990*, Colombia, Tercer Mundo Editores, 1990.

Rey, Luis Alonso, *Atlántida*, Buenos Aires, 1948.

Ruiz, Olivia, "La cercanía y la imagen: lo norteamericano en los ojos de las clases medias de Tijuana y Hermosillo", en Víctor Amaga Weiss y Ana Rosa Suárez Arguello (comps.), *Estados Unidos desde América Latina*, México, CIDE/El Colmex/Instituto Mora, 1995.

— "El ir y venir: la relación transfronteriza", en Ramón Eduardo Ruiz y Olivia Ruiz (coords.), *Reflexiones sobre la identidad de los pueblos*, Tijuana, El Colegio de la Frontera Norte, 1996.

Zúñiga, Víctor, "Elementos teóricos sobre la noción de frontera. Reflexiones en torno a la tesis de Michel Foucher", en *Frontera Norte*, vol. 5, núm. 9, Tijuana, El Colegio de la Frontera Norte, enero-junio de 1993.